

pida esperanza.... sintió que sus ojos se cerraban.... exhaló un suspiro, y pronunciando con moribunda voz los nombres de Clotilde y de su amante madre... de aquellos dos seres que eran todo su amor y todas sus delicias.... de aquellos dos seres que no podrian sobrevivir á su muerte, pidió á Dios interiormente por ellos, dejó escapar una exclamacion de dolor, y quedó sin sentido.

El viento que se azotaba contra las hojas de los árboles, contestó á aquel desgarrador acento, y todo quedó despues en sepulcral silencio.

CAPITULO XXXII.

Nadar, nadar y en la orilla ahogar.

El ginete que vimos pasar corriendo sin haber oido la moribunda voz del desgraciado Leopoldo, volvió á pasar una hora despues, y con la misma velocidad, por el mismo camino que habia andado.

Iba inquieto y lleno de afan.

En su semblante bronceado, pero que revelaba honradez y benevolencia, estaban pintados el cuidado y la ansiedad.

Gruesas gotas de sudor corrian de su arrugada frente.

—No los encuentro... ¿Qué vereda habrán tomado?

Dijo al llegar al sitio en que mas sangrienta habia sido la accion, y fijando la vista en los cuerpos que yacían tendidos en el campo, pero sin detener en su carrera el caballo.

El agua continuaba cayendo.

Muchos de los heridos, no teniendo donde guarecerse de ella, habian espirado en medio de las mayores ansias; los demas habian perdido hasta la fuerza para quejarse, por la mucha sangre manada de sus heridas.

La noche estaba oscura y espantosa.

El viento silbaba con fuerza, doblgando las copas de los árboles que, separados, y á largas distancias, se veían.

El hombre que nos ocupa marchaba por encima de los cadáveres, arrimando las espuelas á su ligero corcel, que parecia no poner los piés en el suelo, segun la velocidad con que corria.

—Tal vez habrán ido á rodear por el otro lado contrario al que yo traia; y esta habrá sido la causa de no habernos encontrado.—

Dijo el ginete despues de meditar un instante, pero sin detenerse.—¡Ah! sí; es preciso tomar la senda que debieron llevar.

Y el hombre, haciendo salvar de un salto la zanja á su caballo, y separándose del camino, tomó un sendero que le condujese con mas seguridad y prontitud al punto que deseaba.

El cielo estaba cada vez mas negro y borrascoso.

La tierra, envuelta en espesas sombras, apenas dejaba percibir los objetos mas cercanos.

En las humildes chozas de los sencillos indios, diseminadas á largas distancias, no se veía persona ninguna. Sus moradores las habian abandonado desde el momento de la batalla, temerosos de los desórdenes que siempre suceden á una sangrienta lucha.

Hacia bastante tiempo que nuestro solitario ginete cruzaba el campo en extraordinario galope.

Ningun otro sér humano se movia en la inmensa extension de la llanura.

Al verle envuelto entre las sombras, desafiando la tempestad y cruzando veloz la pavorosa campiña, se le hubiera tomado por un trasgo ó fantasma, evocado por algun espíritu misterioso.

De repente detuvo á su caballo.

Sus ojos, brillantes como dos centellas, se fijaron recelosos en un punto.

Era una choza rodeada de algunos árboles, debajo de los cuales creyó descubrir el bulto de algunos hombres á caballo.

La distancia era tan corta que apenas le separaban veinte varas.

Sobresaltado, y conteniendo la respiracion, permaneció un instante, temiendo fuesen soldados norte-americanos.

De repente notó que los hombres se ponian en movimiento con direccion á él.

Nuestro personaje dudó el partido que tomar debia, si continuar andando para no parecer sospechoso, ó huir sin detenerse. Pero su caballo se encontraba en extremo fatigado, y conoció que seria alcanzado con facilidad.

—Avancemos.

Dijo para sí resuelto á todo; y continuó su marcha.

Uno de los ginetes que hacía él caminaban, se adelantó á sus compañeros, y al verse cerca del hombre, cuyos pasos hemos seguido, le gritó en alta voz y con acento robusto:

—¿Pablo?

—¡Señor Nuñez!—Exclamó nuestro personaje con alegría, acercándose al que le hablaba.—Temí no encontrar á vdes.

—Llegad, señores:—dijo Nuñez á los que habian estado con él.—Es nuestro honrado rancho, á quien buscábamos con impaciencia.

Don Félix y Ricardo se acercaron.

—Y yo tambien les he buscado á sus mercedes hace mas de tres horas, corriendo mas que un D. *Jigote* de la *Mecha*.

—¿De veras?

—Como que no encontrándoles á sus mercedes en el camino, me fuí hasta las puertas de México, creyendo que allí estarían sus mercedes.

—Y ha descubierto vd. lo que deseábamos saber?

—¡Vaya, señor amo, *perfectamente*, y he *platicado* con la niña.

—¡Con Adela!—Exclamó Nuñez con indecible placer.

—Sí, señor amo, con la señorita Adela.

—¡Oh! ¡qué felicidad!

—Verdad es que he pasado para conseguirlo, mas trabajos que *Pérfiles* y *Sejijunta*; pero todo lo doy por *retobien* empleado, puesto que se consiguió el objeto.

—¿De veras? Pero ¿cómo consiguió vd. hablar con ella?

—Porque reflexioné que vestido como estoy de campesino, nadie desconfiaría de mí. Así es que cuando ví que todos celebraban, bebiendo, el resultado de la batalla, y supe que Willey andaba recorriendo el campo, me aproximé, provisto de una canasta con botellas de aguardiente, que compré en S. Angel, y me dirijí vendiendo, al sitio en que se había detenido el convoy durante la accion.

—¡Oh! perfectamente.

—No bien *devisé* la litera, me dirijí á ella, pregonando mi *efeuto*. Como hacia mucho frio, todos se agolpaban á comprarme aguardiente. Los que custodiaban la litera, que estaban tambien *sedientos de sed*, me compraron una botella; y mientras estaban entretenidos en brindar y hablando con los que habian llegado, yo, con disimulo, hice con el cuchillo una abertura en el lienzo de la litera, introduciendo por ella el papelito y el lápiz que su merced me dió, diciendo en voz baja que esperaba la contestacion, y al mismo tiempo introduce un pliego de papel que llevaba á prevencion para que ella contestase.

—¡Bien! ¿Y nada advirtieron?

—Nada, señor amo. Antes por el contrario, me compraron mas aguardiente, y en tanto que continuaban bebiendo y brindando, yo recibí el papelito.

—¿Y en dónde lo tiene vd?

—Aquí.

Dijo Pablo sacando un papel de la faja que le ceñía la cintura y entregándoselo á Nuñez.

Este estaba loco de alegría y de placer. Impacientes todos por saber lo que el papel decia, desmontaron de los caballos, penetraron en la choza que estaba entre los árboles, despues de haber atado á éstos los caballos, hicieron de varias cerillas una larga, y vieron que el papel contenia estas palabras, trazadas con lápiz:

“Tu esquila, inolvidable Nuñez, me ha devuelto la vida. ¡Por fin sabes dónde estoy y dices que me salvarás! ¡Oh! ¡el cielo lo quiera! Ignoro dónde estoy; pero tú que sigues mis pasos, no abandonarás á esta pobre mujer, y elejirás el momento oportuno, sin exponer tu existencia, para arrancar de las manos del infame Willey á tu querida y siempre fiel Adela.”

—¡Oh! sí; yo juro salvarte esta misma noche, ó perecer intentando conseguirlo.— Exclamó Nuñez conmovido, y luego añadió: ¡y en dónde se halla la litera en que gime presa mi amada?

—En S. Angel, á donde entró el convoy, que fuí siguiendo siempre en conversacion con los que me compraban.

—¡Y Adela está dentro de ella?

—No: la hicieron bajar al llegar á una casita que está al extremo del pueblo.

—¡Qué señas tiene la casa?

—Pues como era ya de noche cuando llegaron, no la ví bien, señor amo; pero es una casita que esta *sólida* (1) entre unos árboles, casi *juera* del pueblito.

—¡Ah! la conozco perfectamente:—exclamó Nuñez:—es la misma en que fuí herido por Duval, la noche que les he contado á vdes. le seguí.

—Seguramente la alojaron tan retirada—dijo Pablo—por el mucho *gentío de gente*, de soldados yankees y de prisioneros que entraron despues de la accion.

—¡Y entre los prisioneros no vió vd. á Leopoldo?

—No señor, por lo que creo que habrá muerto en la batalla.

—Señores, á caballo:—gritó Nuñez.—No perdamos momento ninguno para salvarla.

—Sí, á caballo:—Dijeron todos.

(1) Sola ó solitaria.

Y saliendo de la choza y montando con prodigiosa prontitud, se dirijieren hácia el sitio indicado por Pablo, y conducidos por éste, que era práctico en el terreno.

—Esta noche acabarán todos los padecimientos de Adela.—Exclamó Nuñez marchando al lado de Ricardo.

—¡Ahl sí; el corazón me anuncia que el cielo va á favorecer nuestra empresa.

—Señores amos, no *platiquen* sus mercedes muy *recio*, porque entonces podría acontecer, que saliésemos de *Jila* y tropezásemos en *Caribes*.

—Scila y Caribdis, hombre, no *Jila* y *Caribes*.—Le dijo Nuñez.

—Lo mismo da; porque yo veo que su merced me entiende *perfectamente*.

—Bien; diga vd. como mejor le parezca.
—Señores amos—dijo el indio Pablo deteniendo un poco á su caballo.—Es preciso que vayamos ya paso á paso, porque estamos cerca del sitio, y el galope de los *cuacos* podría alarmar á los de la casa.

Los intrépidos ginetes obedecieron á su guía y caminaron poco á poco.

—¿Y qué hacemos para poder aproximarnos, cercar la casa y penetrar en ella sin ser vistos?

—Me ocurre una *ocurrencia* para eso:—
Dijo Pablo.

—¿Cuál?

—Cerca de la casita hay un bosquecito: allí podríamos dejar atados los caballos, y favorecidos por la *escuridad*, acercarnos á la casa, *tregar* unos á la azotea, mientras otros cuidamos la puerta para no dejar entrar ni salir á *naiden*.

—Dice muy bien Pablo.—Exclamó Ricardo.—Yo que conozco perfectamente el interior de esa casa á donde me trajeron muchas veces mis verdugos; que sé las piezas que ocupan y la que deben haber destinado á la presa, tomo á mi cargo penetrar por la azotea, y sorprender, con los que me sigan, á los malvados, sin darles tiempo á que se defiendan.

—Perfectamente. Yo soy uno de los que acompañarán á vd. á dar el golpe.—Dijo Nuñez.

—Bien; y el señor D. Félix, á quien acom-

pañará Pablo, nos hará el favor de defender la puerta de cualquiera que tratase de penetrar en la casa.

—Estoy dispuesto á hacer lo que vdes. juzguen mas conveniente.

—Pues adelante.

Al concluir estas palabras llegaron á la arboleda indicada por Pablo, desde la cual se veía la casa que reconoció Nuñez ser la misma en que habia visto entrar á Duval la noche en que fué herido por éste.

Todos desmontaron al momento, procurando no hacer ruido con las armas.

Despues de haber atado los caballos á los árboles, y de cerciorarse que nadie les habia visto llegar, avanzaron despacio y casi arrastrándose sobre el suelo con direccion á la casa.

La noche continuaba oscura, aunque el agua habia cesado.

Pablo, conocedor del terreno, iba por delante, aplicando de vez en cuando el oido á la tierra para ver si transitaba alguno por rumbo opuesto.

Pero nada se escuchaba.

Un silencio sepulcral reinaba al rededor de ellos.

Nuñez iba temiendo que cuidase la azotea el enorme perro que la cuidaba la noche que él la escaló, y que los descubiese con sus ladridos.

Sin embargo, á nadie comunicó aquel temor.

Pablo, que iba por delante, casi arrastrándose sobre el suelo, se detuvo de repente como á treinta varas de la casa.

Todos hicieron lo mismo

—¿Qué hay?

Le preguntó casi con el aliento Nuñez, temblando de que fracasase la empresa.

—¡Quietos, señores amos, y silencio por Dios!

Dijo el indio casi en voz imperceptible

—¿Por qué?—Preguntaron todos palideciendo.

—En la azotea hay un hombre de centinela, y si nos vé somos perdidos.

Aquellas palabras helaron el corazon de los que las escuchaban. Miraron hácia el

sitio indicado, pero nada acertaban á descubrir.

—Yo nada veo.—Fueron diciendo todos.

—Eso es porque los ojos de sus mercedes no están acostumbrados, como los míos, á la *escuridad*.

—¿Y qué hacemos?—Preguntó Félix.

—Asaltar la casa, puesto que no hay otro remedio, y vencer ó morir en la demanda.

—Sí, eso es lo mejor.

Dijeron todos disponiéndose á presentarse claramente.

—Silencio, señores amos.—Volvió á decirles Pablo.—¿No ven sus mercedes que al primer tiro acudirá todo el ejército invasor, que está á dos pasos, y que todo se perdería?

—Pues entonces, ¿qué partido debemos tomar?

—Yo tengo un remedio para quitar ese estorbo, sin alarmar y sin meter ruido.

Dijo el indio.

—¿Usted?—Le preguntó Nuñez.

—Sí, señor amo.

—¿Cuál?

Pablo se descinó una honda que llevaba atada á la cintura, y dijo mostrándola:

—Esta arma no mete ruido, y mata.

—¿Y qué piensa vd. hacer con ella?

—Lo que hizo David con *Julian*; quitar de un *pedrazo* el estorbo de la azotea.

—¿Usted?

—Estoy seguro de acertarle en la sien con la *matatena* (1) que despida.

—Pero ¿y si hierra vd. el golpe?

—No es fácil que lo *jierre*, señor amo; pero si así sucediese, entonces pueden sus mercedes hacer lo que habian resuelto, recurriendo á las armas.

—Tiene razon: dejémosle obrar.—Exclamó Nuñez.—Yo tengo confianza en la habilidad de Pablo.

—Pues, señores amos, no se muevan sus mercedes de aquí: yo me adelanto solo hasta ponerme á conveniente distancia: una palmada mia, será la señal de que ha caido.

Y Pablo se adelantó arrastrando y por debajo de los árboles.

[1] Piedra.

Nuñez y sus amigos esperaban con impaciencia indescriptible el resultado.

El indio se detuvo de repente, y midió con la vista, la distancia que le separaba del centinela.

Este, menos acostumbrado que nuestro hombre del campo á ver entre las sombras, nada habia notado, y permanecia quieto y tranquilo en su puesto, armado de fusil y de pistolas.

Pablo buscó en el suelo una *matatena*, como él decia; pero luego, considerando que una bala seria la piedra mas segura y fuerte, deshizo un cartucho que llevaba en el bolsillo, y colocó la bala en la honda.

Dispuesto ya para lanzarla, dió algunos pasos mas, y se puso en actitud hostil.

Fijó la vista en un punto, agitó la honda sobre su cabeza para despedir el golpe.

Pidió á Dios, de todo corazón, que le ayudase en aquella empresa, de la virtud contra el crimen.

Dejó salir la bala de la honda.

Fijó los ojos en el sitio á que la dirijia.

Vió caer al suelo el cuerpo del centinela sin exhalar un gemido.

Dió la palmada convenida.

Nuñez y sus compañeros avanzaron á aquella señal consoladora.

Subieron sin hacer ruido á la azotea.

Pasaron por encima del cuerpo que estaba tendido.

Bajaron á las piezas en el mayor silencio; sorprendieron y amarraron á los socios de Willey; y poco despues penetraba Nuñez en el cuarto de la hermosa Adela, que se arrojó á sus brazos henchida de placer y derramando un raudal de lágrimas.

Para que el golpe hubiera sido completo, solo faltó que se hubieran apoderado del doctor; pero éste habia salido á los alrededores de S. Angel, despues del triunfo, á desempeñar una órden del general en jefe.

—Pongámonos en marcha en el instante para México:—dijo Ricardo.—No sea que á Willey se le antoje dar un paseo por aquí con su caballería.

—¡Sí; huyamos, Nuñez!—Exclamó Adela.—¡Ah! ¡ya que el cielo se ha mostrado

tan bondadoso, no demos lugar á que ese hombre nos encuentre!

—Sí; marcharemos al instante, bien mio. ¡Para qué quiero su muerte si al fin encuentro en tí mi vida, y le llevo la felicidad á la hermosa mujer que te dió la existencia, á la virtuosa Amalia, que te espera inconsolable?

—¡Mi madre! ¡Ah! ¡si; me has revelado este misterio en tu carta, y estoy impaciente por abrazarla, lo mismo que á mi hermana Luz!

—Pues á caballo.

Y contentos, llenos de satisfacción y de esperanza, se dirijieron al sitio en que dejaron los caballos, montaron en ellos, y colocándose Adela á la grupa del de Nuñez, partieron para la capital por el mismo camino que habían llevado.

Aun no habían andado cien varas, cuando Willey, impaciente por ver á su cautiva, se acercó á su casa acompañado de dos asistentes.

Al ver abierta la puerta, se alarmó, bajó de un brinco de su caballo, y penetró con las armas preparadas.

Pronto se encontró con los socios que estaban amarrados; y al saber lo que había pasado, les desató, les hizo montar á caballo, y armados perfectamente, partieron con él en persecucion de los fugitivos.

Willey iba furioso; y como si el génio del mal le inspirase, tomó por el mismo sendero que los salvadores de Adela llevaban.

—¡Allí van!—Exclamó al verles.—¡Ah! ¡no son mas que cuatro! La ventaja está por nosotros, pues aunque iguales en número, nuestros caballos son mas fuertes y nuestras armas mejores. ¡Qué no escape ninguno de la muerte!

Y arrimaron espuelas á los corpulentos corceles que montaban.

—Nos siguen, amigos míos.—Dijo Nuñez.—Marchemos cada cual por distinto rumbo para que se vean precisados á hacer lo mismo, y sea mas fácil vencerles, y salvar la preciosa joya que yo llevo.

—Es verdad: unidos, no podíamos resistir con nuestros pequeños caballos el echoque de sus pesados frisones, y separa-

dos, estoy seguro que la destreza y la agilidad nos darán el triunfo.—Advirtió Ricardo.

—Pues á separarnos.

—¿Y dónde será el punto de reunion?

—En Churubusco.

Todos se separaron entonces y tomaron por distintos senderos.

Willey, que iba acompañado de sus dos asistentes y de un sócio, se vió precisado á enviar á cada uno de ellos en persecucion de un contrario, para que cualquiera que fuese el que huía con Adela, cayese en su poder sin poder huir.

El caballo de Nuñez, agobiado por lo mucho que habia andado todo el dia y por el peso de su doble carga, se vió muy pronto casi alcanzado por uno de los perseguidores.

Adela iba pálida como la muerte, agarrada fuertemente de la cintura de su amante, que trataba de animarla con sus palabras.

—Nada temas, bien mio: el cielo y mi brazo, me harán triunfar del que viene en nuestra persecucion, en caso de que nos alcance.

El galope del caballo contrario se escuchaba entonces muy cerca.

Adela volvió asustada la cabeza, y exclamó horrorizada:

—¡Es Willey!

—¡Willey!

Dijo Nuñez estremeciéndose por la primera vez en su vida.

—¡Sí; huye por Dios tú solo! ¡sálvate si quiera tú, y déjame entregada á mi funesta suerte...!

—¡Dejarte yo! ¡yo que no puedo vivir sin tí...! ¡jamás, Adela! Acuérdate que tu amorosa madre te espera; y recobra tu valor y tu esperanza.

—¡Mi madre!

—Sí; esa pobre mujer que te espera des pues de tantos años de ausencia!

Y Nuñez, conociendo el peligro que corría su amada y la imposibilidad de luchar contra un enemigo tan tenaz, teniendo que cuidar de su preciosa compañera, arrimó las espuelas á su caballo para salvarla.

Pero el animal no podia ser mas veloz con el peso que llevaba.

El doctor, que veía flotar un vestido de mujer, sintió renacer en su pecho el placer de los réprobos, al considerar que no podía pertenecer aquel traje mas que á Adela.

Sediento de placer y de venganza, agitó la marcha de su caballo para alcanzarla.

Nuñez, conociendo lo imposible que le seria combatir con buen éxito teniendo que cuidar de la hermosa que acababa de salvar, hacia esfuerzos inauditos para no ser alcanzado.

Pero aun se encontraba México á gran distancia.

Willey, furioso de ver que no podia dar alcance tan pronto como hubiera deseado, al hombre que le habia arrebatado la codiciada prenda de su alma depravada, introdujo los acicates en los ijares de su caballo, quien al sentirse herido de aquella manera, echó á correr con una velocidad indecible.

El doctor halagó entonces la esperanza de alcanzar en breves minutos al que huía con la jóven Adela.

Nuñez sintió muy cerca el ruido del ga-

lope del corcel de su contrario, y comprendió que pronto seria alcanzado.

Willey se hallaba cada vez mas próximo. Adela iba pálida y temblando, temiendo caer en poder de su perseguidor.

Nuñez hizo el último esfuerzo para huir con su preciosa carga.

Pero todo era inútil.

La distancia que le separaba del furioso doctor era cada vez mas corta.

La noche estaba oscura, y negro el cielo como el corazon del inicuo que les perseguia; pero el vestido blanco de Adela, que flotaba encima del caballo, servia de direccion al infame Willey.

Halagado por la seguridad de apoderarse en breve de aquella mujer que le despreciaba, y cuyas caricias estaba resuelto á gozar á todo trance, aceleró mas y mas la marcha de su corcel, y al verse á distancia de diez pasos, gritó con formidable acento, y preparando una pistola:

—¡Alto, ó disparo!

La jóven se estremeció, y se agarró fuer-

temente de la cintura del hombre que adoraba.

—¡Alto!

Volvió á repetir Willey; pero Nuñez, lejos de detenerse, continuó con mas velocidad su carrera.

Entonces el doctor disparó el arma fatal.

El tiro retumbó por la inmensa llanura.

Tras él se oyó un grito de mujer.

Nuñez sintió de repente que los brazos que oprimian su cintura le soltaban, y á poco escuchó el ruido de un cuerpo que caia en el suelo.

¡Era Adela!

—¡Oh! ¡tu sangre, vil asesino!—exclamó Nuñez deteniendo su caballo al ver caer su preciosa carga:—¡tú has derramado su sangre, y voy á verter la infame tuya.....! ¡Sí; vas á morir.....! ¡vas á morir.....!

Y se arrojó furioso sobre el doctor.

—Has perdido á tu amada—contestó Willey—y voy á hacer que te unas á ella en la eternidad, adonde envié esta tarde á tu amigo Leopoldo.

—¡Leopoldo! ¡ha muerte Leopoldo!

Exclamó Nuñez conmovido, pero sin dejar de combatir un solo instante.

—Sí; cayó esta tarde bajo el formidable golpe de mi espada, como caerás tú dentro de poco, atravesado por ella el corazón.

Y Willey, afirmándose en sus estrivos, inclinó el cuerpo hácia adelante, descargando una terrible cuchillada, que dividió en dos el morrion que llevaba Nuñez, que no tuvo tiempo para parar aquel golpe.

—¡Sangras! ¡sangras!

Dijo el doctor con satánico placer, viendo correr por la frente del jóven el caliente y rojo líquido.

La cuchillada, despues de haber partido el morrion, habia llegado á la cabeza.

—¡Sí! ¡me has herido! pero la herida, lejos de debilitar mis fuerzas, me presta nuevo brío para vengar la muerte de Adela, la de mi amigo, y mi sangre!

Y haciendo dar un salto á su caballo, le tiró un formidable golpe por el costado.

Pero el doctor logró hacerse á un lado y parar el golpe al mismo tiempo que descargaba mil y mil sobre su contrario, cuya

camisa y vestido se estaban enrojeciendo en sangre.

El caballo que montaba Willey era de mucha mas alzada que el de Nuñez, y por lo mismo el doctor combatia con ventaja, dominando á su antagonista.

Nuñez conocia perfectamente su crítica posicion, y trataba por medio de movimientos rápidos, suplir aquella desventaja.

Pero el doctor que comprendia la intencion de su temible rival, tenia buen cuidado de darle siempre el frente.

Aquellas vueltas continuas acabaron de causar al corcel de Nuñez, bastante fatiga, do ya por el trabajo de aquel dia, y Willey, aprovechando un instante en que el caballo de su competidor no podia moverse, levantó la espada con ambas manos, y la dejó caer con fuerza formidable sobre su adversario, que aturdido y bamboleando un instante sobre la silla, cayó de repente al suelo con espantoso ruido.

Willey dejó escapar una exclamacion de júbilo por el triunfo que acababa de obtener, saltó de su caballo con la velocidad

del tigre, e sacó un largo puñal, y se dirigió á Nuñez para acabarlo de matar.

Pero todo esto habia sido instantáneo. Nuñez, vuelto de su aturdimiento, se habia levantado, pero sin espada, cuando Willey se disponia á hundirle el puñal.

Viéndose perdido, sin armas para defenderse, le agarró el brazo en que brillaba el acero que debia matarle, y logró hacerlo saltar de su mano.

Entonces el doctor le asió con sus torcidos brazos, y comenzó una lucha de verdaderos gladiadores.

Los dos contrarios, asidos fuertemente, y oprimiéndose pecho contra pecho, permanecieron algunos momentos sin encontrar ventaja el uno sobre el otro, casi sin respiracion, inyectados los ojos, apretando los dientes y echando espuma por la boca.

Willey era sin duda mas corpulento que Nuñez; pero éste era mas nervudo, de musculatura mas energética.

Al primero le prestaba bríos el deseo de

vinganza; al segundo la vista del yerto cuerpo de su amada.

Pero Willey no habia recibido herida ninguna: sus fuerzas se encontraban lo mismo que al principio del combate, en tanto que las de Nuñez se iban debilitando á medida que salia la sangre de su cabeza.

Conociendo el doctor todas estas ventajas, y avergonzado de que se prolongase una lucha tan desigual, hizo un esfuerzo supremo, levantó en alto á su contrario; pero al verse éste perdido, metió una de sus piernas entre las de Willey, y ambos rodaron, abrazados, al suelo.

Al caer, la mano del doctor tropezó con el puñal que estaba en el suelo.

Aquel hallazgo le hizo sonreir satánicamente, pues encontraba el arma con que verter la sangre de su rival.

Halagado por esta infernal idea, asió el hierro matador, y lo blandió en el aire para descargarlo sobre el corazon de Nuñez.

Este se acordó en aquel instante de que llevaba á la cinta un cuchillo de monte, y logró sacarlo para defenderse.

Dos formidables golpes se escucharon despues.

La hoja del puñal del doctor habia quedado enterrada en el pecho de su contrario.

El cuchillo de monte, blandido por éste, quedó clavado á la vez en el cuello de su competidor.

Un horrendo quejido dejó escapar cada uno de los combatientes.

En seguida todo quedó en sepulcral silencio.

Dos regueros de sangre tenían el sitio en que habia sido la lucha.

La luz de un relámpago, rasgando las húmedas sombras, envió en aquel momento su roja lumbre sobre tres cuerpos que yacían tendidos sobre la ensangrentada tierra.

Eran la hermosa Adela, el noble Nuñez, y el infame doctor.

Los primeros se hallaban yertos; el último, aunque herido gravemente, tenia fijos sus iracundos ojos en sus victimas, y en sus labios vagaba una sonrisa de infernal placer.